

español sea hijo de su época y producto de un amasado complejo étnico, en que han influido mil herencias distintas, decantadas por la áspera vida histórica, la «constante» que aletea en su espíritu y en sus incitaciones vitales más íntimas, pero exteriorizables, es la de su universalismo, su capacidad de adaptarse a la vida de otros pueblos y, en ellos, imponer su imperio. Figuras —por lo tanto— imperiales por su más entrañable esencia.

Todo este exordio es el pórtico que explica las acciones de un hombre asombroso que ocupa casi dos tercios del siglo XIV español y europeo: don Gil Álvarez Carrillo de Albornoz, cardenal, capitán victorioso, gobernante discretísimo y escritor notable. Y era necesaria una explicación, porque sin ella no entenderíamos las dos etapas distintas, netamente separadas, que integran su inquieto balance vital.

Nacido con el siglo (año 1300) en Cuenca, de una nobilísima estirpe que enlazaba con reyes en lo pasado y de la que saldrían magnates en lo futuro, sus primeros pasos van por el camino del estudio, que realiza en Tolosa de Francia. El dominio de tres idiomas (castellano, francés y latín) daría, desde entonces, a su mente la agilidad necesaria y a su concepto del mundo la conciencia de la vida ultramontana, elementos formativos que han de serle muy útiles en lo futuro.

Allegado a la persona del rey castellano Alfonso XI, es uno de sus más eficaces colaboradores y con él contará para todo el emprendedor monarca. Primero será la confianza que le otorga en el campo eclesiástico, luego las misiones de guerra que le confía. En lo religioso, era ya tradición que el arzobispado de Toledo estuviera en manos de persona fidelísima al rey: así había sido en tiempos de don Rodrigo Jiménez de Rada y así, pese a la juventud de Albornoz, lo fué en 1338, en que éste ocupa la sede toledana. Desde ella colabora, como en tiempos lo hiciera con los reyes el polifacético Jiménez de Rada, y toma también parte en la guerra como caballero de armas, como capitán destacado. La campaña de Tarifa le da ocasión de ayudar personalmente al rey y

la de Algeciras le es dada a él por completo. Así se llega a la mitad de siglo, en que toda la responsabilidad descansa sobre los hombros del prelado.

La coyuntura que el destino deparaba a don Gil, para afirmar ante su rey su entera devoción, fué la de la decisiva victoria del Salado (1340), en que la vida misma del monarca estuvo en peligro por causa de su impetuosidad. Benimerines y granadinos se debatían con tesón, cuando el valeroso Alfonso arremete contra ellos, diciendo, según nos transmite la crónica:

—«Feridlos, que yo soy el rey don Alfonso de Castilla y de León: ca el día de hoy veré yo cuáles son mis vasallos, y verán ellos quién soy yo.»

Lo duro de la pelea hubiera costado la vida, como un combatiente más, al rey si don Gil no hubiera sujetado las riendas del caballo, exclamando:

—«Señor: estar quedo, y no pongades en aventura a Castilla y León, ca los moros son vencidos, y dió en Dios que vos sodes hoy vencedor...»

Don Gil, sin embargo, tenía en su postura política un vicio de origen que no le auguraba estabilidad: figuraba entre los miembros del partido de doña Leonor de Guzmán, favorita del rey. Cuando éste muere, le sucede Pedro —*el Cruel* Pedro I, que acabaría en Montiel—, que supone un cambio radical en la política castellana, en especial frente a los partidarios de la Guzmán. Así, el medio siglo (1350) que ha visto a don Gil escalar los más altos puestos y mayores responsabilidades, compatibles con su eclesiástico estado, va a traer una mutación decisiva en su vida, a causa de la persecución del nuevo rey. ¿Entregaría-se a una lucha contra su señor natural el arzobispo, que había sido uno de los puntales de la monarquía? Esta postura, poco constructiva, no iba con el carácter del prelado. Dejaba el campo castellano para pasar a aquel en el que su alta alcurnia y cargos le daban un legítimo puesto: el de la Iglesia.

Así se iniciaba la segunda etapa de la vida de Albornoz. Abandonada Castilla, pasa a Aviñón, a